

HISTORIA
DE LA
MILAGROSA IMAGEN DE NTRA. SRA. DE GUADALUPE
DE MEXICO.

CAPITULO PRIMERO.

Sitio de la Aparición de la Santa Imagen de Guadalupe.

México, en su gentilidad, Corte del gran Imperio de los Toltecas y Culhuas, y Cabeza de muchos Reinos tributarios suyos, tuvo su principio y nombre, según la etimología de él, de la aparición de una luna llena, que no había de preciarse de menos lucido origen, ciudad de tanta celebridad y grandeza! El caso lo cuentan así los Naturales, por tradición de sus mayores y por noticias de los mapas de sus pinturas: Habiendo salido de aquellas Regiones del Norte (que hoy ni aun probables conjeturas hay) de las cuales fueron muchas familias de Culhuas y Toltecas llamados después Mexicanos, por la ciudad que fundaron por los años de novecientos y noventa del nacimiento de nuestro Salvador, conducidos de la voz de su Oráculo, que era el cadáver ó esqueleto de un insigne hechicero (por quien les hablaba, cuando vivo, el demonio, y por quien muerto les daba respuestas desde su féretro) el cual les había mandado que en llegando á un puesto en que habían de hallar un águila sobre un tunal, hiciesen alto y fundasen una ciudad en que habían de dar feliz principio á su fortuna.

Llegaron, pues, pasados muchos años de peregrinación y de trabajos en ella, una noche, á las orillas de la gran laguna, que llamaron después de Texcuco, al tiempo y cuando estando toldado de espesas nubes el cielo y con grande obscuridad, se despejó derepente, y esclareciéndose el aire, apareció como es cosa natural, perfecta-

mente representada en el agua la luna, que entonces estaba en creciente. Esta repentina aparición de la luna y esta no imaginada ilustración del cielo, como tan dados á la superstición de los agüeros, tuvieron á especial demostración y providencia de su Dios Huitzilopochtli (que así se llamaba el hechicero) y hallando al día siguiente en un Islote (el cual quieren algunos que sea el sitio donde está hoy la Catedral, y el del tunal donde está el Humilladero de la Cruz de los Talabarteros: que no afirmo) que había allí, cerca de la laguna, el águila sobre el tunal, fundaron la ciudad y le pusieron el nombre de la luna que en su lengua es *Metzli*, *Metzico*, que quiere decir: donde se apareció la luna. Esta es la historia, y este el principio de México, según la tradición de los Indios.

Y quién no ve que esta observancia fué una vana superstición, y que sólo fué verdad para México en los dichosos principios de su conversión á la Fe, en que apareciéndose á las orillas de su laguna, la luna llena de luz y de gracia desde el primero instante de su sér natural, Maria, y después dentro de ella su verdadero retrato é Imagen de Guadalupe en la capa de un indio Mexicano; pudo llamarse con verdad México, ciudad á quien dió nombre y dará crédito inmortal la aparición de una imagen milagrosa que tiene á los pies la luna y las apariciones de su milagroso Original, al tiempo en que dispuso la Altísima Providencia y la inefable misericordia del Dios verdadero, que deshechas las densas tinieblas de la infidelidad, en medio de la obscura noche de su idolatría, esclareciese la luz de la Fe, en este nuevo mundo americano, para alumbrar á tantas almas que estaban en las sombras de la muerte y enderezar sus pasos por el camino de la vida?

Aquel Origen y nombre de la México gentil, sombra fué, y un obscuro bosquejo de la cristiana México, ciudad que tuvo el sér de la vida Cristiana, y la luz de la verdad Evangélica, cuando se le apareció la Imagen de María Señora nuestra, que domina sobre el lago en que está fundada, como la luna sobre el mar. Ciudad que en el sitio en que se le apareció milagrosamente esta Santa Imagen, había de crecer y descollar por las influencias de esta mística luna, entre las más descolladas y crecidas del uno y del otro mundo, aún más que por los grandes edificios que la ennoblecen, por la heroica piedad con que sus moradores la edifican; que había de ser de las más hermosas, de las más opulentas, de las más abastecidas, de las más frecuentadas y aplaudidas del Occidente; en que había de ganar el cielo por el culto del Dios verdadero, por la devoción de su Santísima Madre, por las víctimas sagradas del Sacrificio incruento del Altar repetidas cada día en tantos y tan suntuosos Templos como tiene, mayor número de almas predestinadas que las que se

tragó el infierno, de miserables indios sacrificados al demonio, en las torpes adoraciones de sus ídolos y en los crueles sacrificios de sangre humana en su gentilismo.

Debiendo con toda la verdad á la aparición de esta luna Mística que se le descubrió en la orilla de su laguna al rayar en ella la Religión Cristiana, su Fe, su piedad, sus creces y continuados progresos espirituales y temporales, mejor que la gentil México, á la supersticiosa aparición de la luna, el nombre de que tanto se gloria en su nobiliario profano. Esta aparición maravillosa de la Santa Imagen de la Virgen de Guadalupe de México, es el asunto de aqueste escrito.

Oh! y asista á mi pluma su Original soberano, para que ajustándose á la verdad del suceso raro, no ofusque sus milagrosas luces con la obscuridad de mi desaliñado estilo!

§ I.

Cerca de México, aún no distante una legua cabal, hay un puesto, que en su lengua llamaron los Mexicanos *Tepeyacac*, que quiere decir: extremidad, punta ó nariz de cerro, por la forma que en él rematan los que lo rodean por la banda del Norte. Hacia este cerro, se levanta un frontón, que señorea con su eminencia los espacios que miran á México por la parte del Mediodía: al Poniente tiene algunas poblaciones, no tantas ya, ni tan numerosas como en su gentilidad y en los principios de la Conquista; al Oriente, un espacioso llano, que se termina en la gran laguna de Texcuco. A este puesto sale de un barrio de la Ciudad que llaman Tlatilulco, una calzada ó dique, que rematando en la puente de un arroyuelo, que cerca de él entra en la Laguna, se divide en tres principales caminos, que van á diferentes Pueblos y Provincias, al Norte, al Poniente, al Mediodía.

Este frontón ó cerro, está por la banda del Norte, abierto desde la raíz á la cumbre en resquicios, hendido en quebraduras, lleno de riscos y peñasquería, de tan poca tierra y tan estéril suelo en sus altos, que sólo puede llevar malezas, espinos y espinas, en tanta abundancia, que apenas hay donde poner el pie sin encontrar abrojos. Helo pisado y paseado en mi juventud muchas veces, y por más cuidado que ponía en los pies, siempre bajaba con algo, que por muchos días me hacía acordar y aún sentir la subida.

En tiempo de su gentilidad, tenían los Mexicanos en este cerro, un célebre adoratorio, en que daban culto á un Ídolo llamado en su idioma *Teotenantzin*. Dicen unos que quiere decir *Madre de*

los Dioses: Tonantzin ó Tenantzin; otros, que es lo mismo que *Madre de las gentes ó Madre nuestra:* Deidad en su religión supersticiosa de tanta suposición, como en la antigüedad Cibeles.

Y quiso la Santísima Virgen, que aquí se diese principio al milagro de su bendita Imagen, y se fundase su Templo, para desposeer á esta mentida madre de los falsos dioses, ó madre fingida de las gentes, y en su Idolo, al Demonio, de la vana adoración que le daban los Indios, y mostrarles con muchos beneficios, que ella sola era verdadera Madre del Dios verdadero, y Madre verdadera de los hombres; y que en este monte se verificara, que donde abundó el delito, sobre abundaría la gracia.

Y que el sitio que había sido Altar infame de un torpe Idolo, sería Trono Sagrado de una Purísima Virgen; y que en el lugar en que se practicaron tan sacrílegos cultos, y se ejecutaron sacrificios tan inhumanos, y en el Adoratorio en que se dieron tan mentirosas respuestas y oráculos tan engañosos, se erigiría un Templo á honra de Dios y de su madre, como se erigió el que hoy tiene, en que se administran á los Indios los Sacramentos, y se repite el sacrificio incruento de nuestra Redención en las muchas Misas que cada día se dicen. Se predica la Ley verdadera, se enseña la Doctrina Cristiana, se rezan los misterios del Rosario de la Santísima Virgen á Coros, se cantan su Letanía y Salve frecuentemente, reciben los fieles en sus visitas y en sus novenas, por interiores inspiraciones, respuestas del oráculo de la Virgen, en su milagrosa Imagen, para todas las necesidades y negocios que le encomiendan, con otros muchos ejercicios de verdadera Religión y devoción piadosa, que edifican, enternecen y mueven á alabar á Dios, á los que entran en él, como en un traslado del Cielo en la tierra.

§ II.

A la falda de este cerro, por la parte que mira al Oriente en el llano del camino real, se ve un manantial con su brocal, que lo ciñe en ámbito, en forma de una fuente ó pila capaz; sus aguas son algo gruesas; el sabor, olor y color, persuaden que pasan por minerales de piedra alumbre; el ímpetu con que brota de la tierra, levantándose de ella casi una tercia, con un plumaje rizado que forma, causa admiración, porque pareciendo al juicio humano, que según la fuerza con que sube, y la violencia, y la abundancia con que cae, había de arrojar al egido un buen raudal de agua, no es así, sino que se resuelve en un hilo tan ténue, sutil y delgado, que apenas se percibe al deslizarse, permaneciendo siempre al parecer

de los ojos, en su alberca, después de llena, casi en un ser, el caudal de sus aguas, sin recrecer, ni menguar, ni ir en aumento, ni agotarse.

Tiéndelas la experiencia por medicinales para diversas enfermedades, ó por virtud natural detersiva y resolutive que les comunica el alumbre; ó más, por calidad, como la piedad juzga, milagrosa, comunicada de la Santa Imagen, que tan cerca de él es venerada, y de la Santísima Virgen, que en el sitio en que está, ó á poco trecho de él se apareció á Juan Diego, y le dió las rosas que pintaron la Santa Imagen. He visto varias veces á las Indias lavar en este manantial á sus hijuelos con gran fé y devoción; y me afirmo persona de todo crédito, que todas cuantas vienen á visitar la Santa Imagen ó pasan por allí de camino, hacen esta diligencia, hasta con los niños de pecho, para remedio ó prevención de sus dolencias: y nunca dudaré que la misericordiosa Señora que se estampó y retrató en la Santa Imagen de Guadalupe para hacer bien desde ella, con especialidad á los Indios, acude á su sencilla confianza con singular asistencia: pues de sí, dice por el Espíritu Santo: *que es amante de los que la aman: y que los que la buscan, hallan en ella vida y salud.*

Estuvo este manantial descubierto y patente hasta el año de mil seiscientos y cuarenta y ocho, ó cuarenta y nueve, con poca diferencia, en que siendo Cura y Vicario del Santuario el Licenciado Luis Lazo de la Vega, Sacerdote de gran celo en su oficio, y de singular entereza de costumbres que despues murió dignísimo Prebendado de México, lo cubrió, y dispuso en forma decente para los que se bañan por devoción ó necesidad en él; pintando en las paredes que lo cercan, hermosas pinturas de las apariciones de la Virgen; y le echó llave, para que se abriese á personas seguras y sin sospecha.

CAPITULO II.

Primera Aparición de la Santísima Virgen en este sitio.

Por este puesto, que por haber sido dichoso teatro de tan gloriosas apariciones, lo he querido describir tan prolijamente, pasaba á caso suyo, y muy á consejo de la Providencia de Dios, un Indio tan reciente en la Fé, que á lo más podía tener de seis á siete años de bautizado; pero según los favores que recibió de la Madre de Dios, tenía ya muchos siglos de consumado en ella, llamado Juan Diego. Sábado nueve de Diciembre por la mañana, día dos veces consagrado á la Virgen, por sábado, y por el segundo de la

octava de su Inmaculada Concepción; y día mil veces dichoso en los fastos de México. Cuando al llegar enfrente de él, por la banda que mira al Poniente, oyó derrepente una música tan dulce, y suave armonía de conceptos, y compases tan superiores, que desde luego reconoció que no era de las ordinarias de acá de la tierra, sino muy sobre humana, y del Cielo.

Bien que como él testificó, le parecía al oído canto de muchas y sonoras aves, que cantaban en harmoniosa correspondencia á coros, con tan extraordinario concierto y con suavidad tan inexplicable, que le arrebató admirado la novedad de voces en aquel cerro. Detúvole la suspensión del ánimo el paso; y habiendo escuchado un poco la música, levantó, deseoso de hallar la causa de ella, los ojos hácia la eminencia de donde le parecía venían las voces de los acentos; y vió un Arco-Iris de bellísimos colores, que se formaba de los ardientes reflejos de una gran luz; y acercándose sin temor á ella, vió en el medio una hermosísima Señora en aquel talle, forma y belleza que quedó despues milagrosamente copiada en la bendita Imágen que hoy se conserva.

Llamólo por su nombre, y mandóle que subiese á lo alto donde ella estaba. Hízolo así, y estando en su presencia, admirado, pero no temeroso, porque el agrado de su Divino Rostro, y la Magestad apacible de su amorosa voz le auventaban el temor, al paso que le infundían reverencia, oyó que le hablaba así: *Hijo Juan, á donde vas? Señora,* respondióle él: *Yo voy á la doctrina, que los Padres de San Francisco nos enseñan en Santiago del Tlaltelulco, y oír la Misa de la Virgen, que se canta en su Iglesia los Sábados.* No dice la Historia que la Santísima Virgen le aplaudiese y alabase la obra tan buena á que iba; porque se supone, que ó con voz sensible, ó con una satisfacción que en lo interior le causó, se la aplaudiría. Sólo dice, que prosiguió: *Sabe, hijo, que yo soy María Virgen (esa cuya misa vas á oír) Madre del Verdadero Dios (cuya doctrina vas á aprender y rezar) mi voluntad es, que en este sitio se me edifique un Templo en que me mostraré piadosa Madre contigo y con los tuyos: con mis devotos, y con los que me buscaren para remedio de sus necesidades. Ve al Obispo, y en nombre mío le dirás lo que has visto y oído; y que Yo digo, que es voluntad mía que me edifique un Templo en este puesto; y Yo con beneficios agradecida te pagaré este cuidado.*

Aceptó con palabras de sumisión y de rendimiento á su usanza Juan Diego, el mensaje, sin oponer dificultad ninguna; y en su ejecución pasó con presteza á la Ciudad; fué á la casa Obispal, y habida licencia, después de largo tiempo que los criados lo detuvieron, para hablar al Obispo, (que lo era el Ilustrísimo Don Fr.

Juan de Zumárraga, del Orden de N. S. P. S. Francisco, el primero y último Obispo que tuvo México, porque á los últimos meses de su vida le vino título de Arzobispo,) le dió de parte de la Santísima Virgen el recado, como ella se lo había mandado y encomendado. Oyólo el Prelado; pero sin hacer en lo exterior mucho caso del mensajero, por ser Indio humilde y recién convertido, lo despidió, remitiéndolo á otra ocasión por la respuesta, en que cotejada la grandeza del postulado con las noticias de la persona y propiedades del Indio, y averiguadas bien las circunstancias con el tiempo, que todo lo madura y sazona, se tomase conveniente resolución en negocio de tanto peso.

CAPITULO III.

Aparición segunda de la Santísima Virgen.

Habiendo Juan Diego dado con puntualidad su recado, y recibido el mal despacho que dije, salió aquella tarde de México, y volviendo para su pueblo (que á lo que podemos discurrir, sería *Toltpetlac*; uno de los que estaban y hoy está á la vuelta del cerro más alto) pasó á la vista del paraje en que aquella mañana había hablado con la Señora, y levantando los ojos á él, como es cosa natural, vió que allí mismo le estaba aguardando para recibir la respuesta. Subió, y con las acostumbradas inclinaciones, que son en los Indios mejicanos sus demostraciones de cortesía y respeto, le dió razón de su embajada, diciéndole cómo le había llevado y dada al *Huey-teopixque*, esto es, sacerdote grande, que así llaman en su lengua al Obispo. *Que era verdad que lo había recibido humano, que lo había oído con paciencia, y héchole diversas preguntas y repreguntas sobre el mensaje; pero del modo de remitirlo, para cuando hubiese más lugar y espacio de examinarlo, y saber más de raíz la verdad del caso; y de la tibieza que en sus palabras mostró al despedirlo, colegía que no se había satisfecho de su embajada, ni dado entero crédito á sus palabras, juzgando acaso que su propuesta era imaginación, ó sueño suyo, y no mensaje de Ella; que por tanto, le rogaba se dignase de encargarse aquel negocio á otra persona de más suposición y de más lustre, á quien el Obispo diese más crédito, que él no era para ello.* Escuchóle con agrado la Santísima Virgen, y respondióle: *Agradezco, Juan, tu cuidado y obediencia; pero sabe, que aunque tengo muchos á quien mandarlo, conviene que tú, y no otro, lo solicites y efectúes; y esta es mi voluntad, en cuya conformidad te ordeno que mañana vuelvas al Obispo y le digas cómo por*

segunda vez te he mandado le lleves el mismo recado de mi parte. Ve y haz lo que te mando, que Yo te gratificaré esta diligencia. Prometió Juan Diego obedecerla con gusto y puntualidad; despidióse de la Señora, que lo despachó con su bendición, y pasó adelante á su pueblo.

§ I.

El día siguiente, que era domingo, madrugó Juan, vino á la Iglesia de Tlatelulco, oyó misa, asistió á la Doctrina Cristiana, y acabada la cuenta de los feligreses que se usa con los naturales en cada Parroquia porque no falten al precepto de la misa y á estas importantes funciones, volvió á casa del Obispo, y aunque le costó esperar mucho tiempo, al fin obtuvo el poderle ver. Vióle y hablóle, repitiendo de parte de la Soberana Señora el mensaje, afirmándose con lágrimas en lo que había dicho la primera vez, y añadió, que el volver ahora á su presencia, era porque Ella así lo había mandado, sin quererle admitir excusas para no hacerlo. Oyóle el sabio y cuerdo Prelado, ya con más atención, y empezó á entrar en cuidado con la embajada, considerando que en la pusilanimidad de un indio, la repetida instancia argüía superior impulso que lo movía. Volvióle á preguntar y repreguntar lo que sobre la substancia y accidentes del mensaje juzgó hacia más al caso para el examen y resolución del negocio; y hecha esta diligencia, le dió por respuesta que en la entidad de materia tan grave, no era para fiada de sólo el simple dicho suyo, sino que dijese á la Señora que lo enviaba, le diese alguna señal que fuese irrefragable testimonio de ser Ella quien lo mandaba y de ser aquella su voluntad; y habiendo acabado, lo despidió algo severo y mesurado, más por lo crespo y sobresaliente del caso, que le hacía entrar en recelos, ó de faltar á las leyes de la cauta prudencia, creyéndose de ligero, ó al mandato de la Reina del Cielo, no dando crédito á su mensaje demasadamente cauto, que por disgusto ó desabrimiento con el humilde y pobre Juan Diego, que no podía ser culpable hasta que constase de la ficción del recado.

§ II.

Despidióse del Prelado, habiendo prometido volver á la Señora y pedir la señal como se le ordenaba, sin poner duda en ello. Viendo el Obispo que el indio ni dudaba ni dificultaba el volver á la Virgen y pedir la señal que le proponía, y pareciéndole que aquella sincera confianza era argumento de verdadera seguridad, entró

en más concepto del caso, y juzgó que lo debía hacer del mensaje y del mensajero, y poner más diligencia en descubrir su verdad; y para esto le pareció buen medio, enviar, como envió, dos personas de su familia y de su mayor confianza, que fuesen al disimulo en pos de él, sin perderlo de vista, hasta llegar al puesto en que decía le hablaba la Virgen, y que en él, notasen bien y observasen con quién hablaba y qué decía, y que de todo le trajesen razón exacta y puntual, para que su testificación fuese perentorio desengaño de la verdad ó quimera del indio. Ejecutáronlo así los dos criados, fuéronle siguiendo á una vista sin que él lo advirtiese; salieron de México; entraron en la calzada; llegaron á la puente de aquel arroyo que bien cerca del cerro desagua en la laguna; bajaron al llano, que hoy es plaza y estaba entre el cerro y la puente; donde sin saber cómo ni por dónde, se les desapareció entre los ojos, sin que fuese bastante diligencia alguna de las muchas que hicieron, rodeando, trasegando y escudriñando el cerro, ni para dar con el indio, ni para oír ó ver otra persona con quien estuviese ó con quien hablase en todo él; escondiendo Dios de sus curiosos y escudriñadores ojos, el misterio que revelaba á la humildad y sencillez del pequeñuelo en la humana estimación. *Quia abscondisti hæc á sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulo.*

No lo echaron hácia este viso los dos criados, que, ó corridos, ó como despechados de que hubiese así burlado y desvanecido su diligencia Juan Diego, sospecharon mal de él, y acaso atribuyeron aquel repentino desaparecimiento, á hechicería, de que comunmente han sido, son y serán notados de los españoles los indios, no sé si con bastantes fundamentos siempre. Volvieron al Obispo, contáronle el caso, agravaron su sospecha, echándolo á engaño del indio, que se había burlado de ellos desapareciéndose á sus ojos con artificio, procuraron ponerle mal ánimo contra él, para que si volviese, no sólo no le diese crédito, sino que lo hiciese castigar, y tratar no como á embajador de la Virgen, sino como á embajador del Demonio.

CAPITULO IV.

Tercera Aparición de la Santísima Virgen.

Mientras esto pasaba á los dos criados del Obispo, Juan Diego, ignorante de todo, y del todo inocente del engaño que le suponían, subió á la cumbre del cerro, donde halló á María Santísima, que por segunda vez le aguardaba con la respuesta. Humillóse en su Soberana presencia, adoróla, y de rodillas le dijo: *Fuè, Señora, como*